

SERIEDAD MANIZALEÑA

Por: Daniel Sebastián Ríos Marín.
(Astauros)

Cada plaza de toros tiene una afición con una personalidad propia que la distingue de las demás. Así, por ejemplo, la de Sevilla es proclive al goce estético, mientras que la de Madrid se regocija en la gloria heroica. Alguna vez, el matador de toros UCEDA LEAL me dijo que, en la actualidad, esa situación particular se explica también por las condiciones en las que los aficionados acuden a la plaza, pues mientras que en Sevilla van a los toros después de estar en la feria o en un bar, en Madrid llegan en Metro, después de una jornada completa de trabajo y por eso, en Sevilla el público arriba sonriente y predispuesto a acompañar la creación artística y en Madrid el público llega enojado, de prisa y propenso a transmitir las frustraciones propias a quienes actúan en el ruedo.

En el caso particular de Manizales, la mayoría de quienes acuden a los toros lo hacen en un ambiente festivo. Mientras el país entero reanuda sus actividades con normalidad, Manizales sigue de feria. Tal vez por eso, el espíritu de la plaza de Manizales es alegre. Pero, además, ahora también juvenil, dada la enorme cantidad de jóvenes y niños que acude a la plaza. Sin embargo, contrario a lo que pudiera pensarse, el público de la tarde del 4 de enero fue serio, aplomado y exigente; se abstuvo de pedir premios para Escribano y le satisfizo que Pinar y Hernández pasaran de a una oreja, cada una con matices distintas.

Escribano dejó una buena verónica por el pitón derecho. Después de que el primer toro de la tarde hiciera por el torero y lo dejara maltrecho por una paliza que le propinó, Escribano se alivió con las banderillas y anduvo lleno de dudas con la muleta. A diferencia suya, Pinar se vistió de torero valiente, armó la muleta y por derechas aguantó, tragó y no solo metió al segundo toro de la tarde en su muleta sino también al público. Mató después de tres pinchazos y perdió la posibilidad de cortar alguna oreja. Al quinto también lo obligó a pasar y pasar en una faena llena de valor, exposición, oficio y capacidad lidiadora. Mató bien y le dieron una oreja. Lo de menos fue el premio, lo importante fue la torería de Pinar y sus detalles de fina coquetería al oficiar como ejemplar director de lidia de sus toros.

Hernández con el bronco y parado tercer toro poco pudo hacer. No obstante, en el sexto, teniendo como sustento su amor propio, mucho corazón y tenacidad, hilvanó algunas buenas series de rechazos. Acertó con la espada y cortó una oreja. El encierro de Dosgutiérrez fue desigual, tanto en su fenotipo, peso (476 kilos el de menos y 530 kilos el de más) y comportamiento. El primero puso en aprietos a Escribano. El segundo, bravo; el tercero, anodino; el cuarto, manso; el quinto, reservón y difícil; el sexto con movilidad y codicia.

El público serio de Manizales, que salió despavorido al caer sexto porque empezó a llover, se fue satisfecho. Hubo emoción y es esa una parte fundamental de la tauromaquia, que la gente comprendió, sufrió y agradeció.